

regando con su sudor caminos que abria con sus plantas; y dejando en todas partes, con su recuerdo querido, un perfume más grato que el que se esparció del vaso de alabastro de la pecadora del Evangelio. Obra digna del Cisne del Sena; que cantando los triunfos de los Mártires, ha probado que las proezas de los discípulos del Crucificado, en los acordes de la cítara de David, tienen más grandeza y majestad que las hazañas de los héroes de Ilion, cantadas con las armonías de la lira de Homero. Pero la caridad apostólica, así como la verdadera piedad cristiana, es pudorosa; si la atisban se ruboriza; si la siguen se oculta; si la sorprenden *in fraganti* queda confundida. Para penetrar en los épicos misterios de la cristiana piedad y de la caridad apostólica, son necesarios los buenos oficios de testigos furtivos, de curiosos indiscretos que delaten los prodigios inefables de las misericordias y gracias del Señor en el corazón y en las obras de los que ha predestinado para hacer alarde de su potencia y bondad.

§ IX.

“El cargo principal de los Obispos, dice el Concilio III.º Mexicano, es enseñar al pueblo el Evangelio de Dios; puesto que, como sucesores de los Apóstoles, les debe ocupar principalmente el cuidado de tratar con pureza y rectitud la palabra de la verdad, y tener la forma de las santas palabras, con las cuales la grey que les está cometida se alimenta de la doctrina saludable, de modo que esté siempre unida á su buen Pastor Cristo. (Lib. I. tit. I. De prædicat. verb. Dei § 1.) Este cargo fué desempeñado celosamente por el Ilmo. Sr. Camacho, desde el día mismo en que recibió la consagración episcopal. En ese día expidió, como ántes dijimos, su primera Carta pastoral; en la cual no se limitó, como pudiera, á una paternal salutación á sus diocesanos; sino que se ocupó luego de combatir el gran mal que les trabajaba; á saber, el espíritu de discordia; simiente mala, cuya germinación y desarrollo habría, en lo sucesivo, embarazado el más asiduo y esmeroso cultivo: *Porque la ira del hombre no se compadece con la justicia de Dios.* (Jacob. I. 20.) Solia también ocupar la Cátedra sagrada, y esto principal-

mente en su Visita episcopal: expidió sus cartas, instrucciones y advertencias pastorales; monumentos de doctrina y apostólica unción, de cuya importancia se puede formar juicio con la lectura y meditación de la colección de ellas que damos á luz; recomendaba constantemente á los Párrocos y Vicarios, sus coadjutores en la solicitud episcopal, la insistente predicación y enseñanza; descendiendo hasta indicarles las fuentes de instrucción á que podían ocurrir en busca de la sana doctrina (núm. XVII); y alguna vez, no satisfecho con solo su celo personal y con la eficaz cooperación de sus colaboradores ordinarios, llamó, de fuera de su diócesis, sacerdotes celosos y dignos que, avezados de largos años á los combates contra los errores de la inteligencia y la corrupción de los corazones, llevaran un abono nuevo al pié de las plantas que permanecieran estériles; á pesar de largo y esmeroso cultivo.

Cuando el mismo Sr. Obispo se encargaba de la predicación, sus discursos, sin pretensiones académicas, se reducían á la sencilla exposición del Evangelio; á inculcar la recta aplicación de las reglas santas á las prácticas de la vida; á combatir rudamente los vicios dominantes y las costumbres poco cristianas; y entonces parecía que muy de propósito descendía de la altura de su saber para nivelarse en la simplicidad de su elocución con la ignorancia y rudeza de la parte ménos capaz de su auditorio. Porque él no se proponía exhibirse como un brillante orador; quería solamente ser entendido y comprendido por la multitud del cristiano pueblo, que es la que más necesita de la distribución del pan de la palabra de Dios. Y no es que careciera de dotes oratorias; largas muestras había dado de ellas en el ministerio sacerdotal y parroquial. Pero se atenia á que la palabra de un Obispo toma su ascendiente y unción de otro elemento que del arte humano: elemento que penetra en los corazones y los conmueve, aun sin darse cuenta de ello la inteligencia. Se refiere de un provinciano bearnés que escuchando á su Obispo, que predicaba en francés, y á quien no entendía una palabra, decía conmovido; *no entiendo, pero el alma oye.* Y es que aquel Obispo predicaba la palabra de Dios con el espíritu de San Pablo, que no quería hacer inútil la Cruz de Jesucristo (*ut non evacuetur Crux Christi I. Corint. I. 17.*): es que en todo Obispo, que es digno dispensador de los dones de Dios, se cumple la palabra del Salmista: *El Señor dará palabras á los que anuncian con valor la buena nueva.* (LVII. 12.) El Sr. Camacho se proponía que en su predicación sus diocesanos

encontraran á su Obispo, aun cuando echaran ménos al orador; y no que, tropezando con éste, lamentaran la ausencia de aquel: siguiendo en esto el sapientísimo dictámen de San Francisco de Sales que escribía á un amigo suyo recientemente promovido al Episcopado: "El sermón paternal de un Obispo vale más que todo el artificio de los sermones limados de predicadores de otra clase. Muy poco necesita un Obispo para predicar bien; porque sus sermones deben ser de cosas necesarias y útiles, no curiosas ni rebuscadas; sus palabras sencillas, no afectadas; su acción paternal y natural, sin arte y sin estudio; y por corto que sea en su discurso, por poco que diga, siempre será lo bastante."

En cuanto á la predicación por medio de sus Vicarios, desde su primera Carta llamó la atención de los Párrocos y Predicadores de la diócesis sobre el cumplimiento de este deber, indicándoles las ideas en cuyo desarrollo deberían insistir. "Que los pueblos oigan siempre en el púlpito y en el confesonario nuestras exhortaciones por la paz, que los desvíen de las locas y temerarias empresas encaminadas á perturbarla." Despues, en 30 de Noviembre de 1876, decia así, dirigiéndose á sus Párrocos: "Hé aquí por qué resolvimos dirigiros las presentes letras, con el fin de excitar vuestro celo, y de facilitar á muchos el género de predicación que tanto os recomendamos y encargamos. *Ladramos*, nos escribía con acierto uno de vosotros, por los dias en que se ocupaba en el púlpito de nuestra mencionada Pastoral de 29 de Abril, *ladramos, y de este modo ahuyentaremos al lobo que pretende introducirse en el aprisco*. Sí, venerables hermanos, ladrad, y ladrad recio: ladrad y ladrad sin cesar, para impedir que el pueblo sencillo sea víctima de tan peligrosa seducción." Hé aquí un Pastor, que no sólo no duerme, que no sólo no le molestan ni enfadan los ladridos de los que le ayudan á vigilar, porque le interrumpen su cómodo sueño; sino que les invita, les azuza con porfía para que ladren y ladren recio; para que ladren, y ladren siempre. ¡Dichoso rebaño cuyo Pastor conserva en su corazón y realiza con su enérgica palabra el precepto del Apóstol: *Predica la palabra, insiste con ocasion y sin ella: reprende, ruega, exhorta con toda paciencia y doctrina*. (2.^a Timoth. IV. 2).

Y aun no bastaba esto. A fines de 1882, el Ilmo. Sr. Camacho llamó á la capital de su diócesis una misión formada de sábios y ejemplares sacerdotes; que desempeñaron su ministerio con el celo, acierto

y fruto que siempre y en todas partes se ha hecho notar, en esos operarios infatigables en la viña del Señor: esos sacerdotes de quienes una pluma ilustre ha escrito como el más cumplido encomio: que *no hay una senda del espíritu humano, en la que no se encuentren profundamente impresas sus huellas*; y de quienes nosotros podemos decir, como elogio sobre todos, que no hay camino que sobre la tierra hayan andado, que no hayan regado profusamente con la sangre del testimonio. Y no estaba por demás ese refuerzo de los sucesores de Francisco Javier, para que, con la novedad de su expresión, la especialidad de sus maneras y el atractivo de su personal, atrajeran la atención aun de los espíritus disipados, frívolos, noveleros tal vez, que sólo se pagan y contentan de la palabra del profeta extraño. La eficacia y fecundidad de este recurso, ha sido reconocida y confesada siempre." Hace largo tiempo, decia un célebre hombre de Estado, que en la Iglesia se practican las misiones con abundantes y buenos resultados. No siempre los pastores locales ejercen el debido influjo en el ánimo de sus feligreses; pero aun prescindiendo de hechos particulares, está acreditado por la general experiencia, que no pueden los pastores ordinarios remediar á determinados desórdenes. Los pastores son los hombres de todos los dias, y de todos los instantes; el verlos y oírlos ha pasado ya á ser hábito, y en ciertos casos causan poca ó ninguna impresión sus palabras y consejos. Pero si el que habla es forastero, por lo mismo que se encuentra como desprendido de todos los intereses humanos y locales, le es más fácil restablecer en las inteligencias y en los corazones la práctica de las virtudes. De ahí la institución de las misiones, las cuales, en muchas circunstancias, han producido tantos bienes para el Estado, como para la Religión." (Portalís. Memoria dirigida á Napoleón en 4 de Agosto de 1806). Perfectamente han comprendido esto los corruptores contemporáneos de nuestra sociedad; y por lo mismo han hecho una guerra, más ó menos disimulada, pero constante, á las misiones; llegando alguna vez á conseguir en ciertos pueblos, que los hombres de Dios tuvieran que salir en fuga, sacudiendo el polvo de sus piés sobre sus perseguidores. Pero la religiosa ciudad de Querétaro recibió á los ministros de paz como á enviados en nombre del Señor; y ellos colmaron los deseos del celoso Obispo que les hubiera llamado

§ X.

Dijimos que el Ilmo. Sr. Camacho atendía cuidadosamente á la enseñanza de la doctrina por medio de la pluma: y de ello responden sus trabajos de esta clase, á los cuales sirven de introducción nuestras pobres páginas. El solo bosquejar un extracto de esas veintisiete piezas que reproducimos, daría á estos apuntamientos una extensión inconveniente; y por tanto nos abstenemos de intentarlo: fuera de que no nos consideramos competentes para hacer resaltar en todo su valor la sabiduría, la caridad, la unción que campean en esos documentos, dignos del celo de los varones apostólicos. Lo que se escribe con el corazón alentado por un espíritu recibido de lo alto, no puede, no debe ser sometido al escalpelo del análisis, so pena de desvirtuar y descolorar aquello mismo que se tiene empeño en exhibir con todo su brillo y energía.

Por lo mismo nos limitaremos á llamar la atención de nuestros lectores sobre la amplitud del celo del Ilmo. Obispo, que todo lo abarcaba, que lo comprendía todo; y ello con una claridad de expresión y con una netitud de fórmulas, que sin prescindir de la tecnología de cada materia, se hacía comprender aun de los lectores menos atentos y avisados. Ya enseñaba, con la autoridad del doctor encanecido en el estudio de la ciencia sagrada, y exponía los fundamentos dogmáticos y las doctrinas morales sobre el Sacramento de la Penitencia: ya daba soluciones claras, perentorias, irrefutables á los sofismas del protestantismo contra la enseñanza católica sobre el misterio augustísimo de la Sagrada Eucaristía: ya sacaba á la pública vergüenza al soñador espiritismo, desenmascarando á sus pretenciosos *hierofantes*, magos de antaño, ó embaucadores de ogaño: ya lanzaba con una sola frase de apreciación, contra la frente de la hipócrita masonería, la pequeñita, pero mortífera piedra de la honda de David: ¹ ó bien analizaba, como el más hábil publicista,

¹ Decía..... "turba impía, dirigida por las sociedades masónicas, que todo lo ha trastornado en la metrópoli del catolicismo" (XII. fol. 182.) "El infierno, por medio de las sociedades masónicas, está todo empeñado en acabar con ellas nuestra Iglesia." (XVII. fol. 287.) Acaso, si el Ilmo. Sr. Camacho hubiera vivido algunos meses más,

la injusticia, la inconsecuencia y la larga trascendencia de ciertas *leyes orgánicas* de funesta mención; ó entraba en minuciosos detalles sobre la manera con que los católicos verdaderos tienen de conducirse, sin obedecer á los hombres ántes que á Dios; ni tampoco faltar á sus deberes para con las potestades constituidas en la sociedad, no obstante que prostituyan su misión. Y atacaba los vicios y pecados más estragosos, tronando contra la insaciable usura, contra la repugnante blasfemia, contra la insolente profanación del día del Señor, contra el indiferentista descuido del cumplimiento de los preceptos de la Iglesia: ó ya recomendaba con enternecedoras palabras el ejercicio de las más dulces virtudes del Evangelio; únicas capaces de cauterizar ese cáncer social del individual egoísmo, que todo lo corrompe y lo devora todo. O dirigiéndose á sus Vicarios, los Párrocos, no sólo excita su celo en el cumplimiento de sus deberes; sino que se los recapitula, les indica los medios, les dá el tono, les prescribe las reglas que deben seguir, hasta en sus detalles: ó encarándose á los padres de familia, ese sacerdocio del hogar doméstico, inculcales con encarecimiento la gravedad de los deberes que les incumben, la responsabilidad terrible que pesa sobre sus conciencias; y descende á detallarles los modos de conducirse para llenar cumplidamente ante Dios y ante los hombres la misión cristiana y social que les está encomendada. Excita con insistencia á sus diocesanos para que se precavan de las sugerencias del mal, y de las ilusiones del error; pero al mismo tiempo les inculca el espíritu de caridad y tolerancia con los que obran el mal y profesan el error. Prescribe prácticas piadosas, ordena públicas plegarias para conjurar un mal grave é inminente; pero, al mismo tiempo proscribire y condena las vías de hecho contra los fautores de ese mal, y demuestra la inconveniencia de las manifestaciones violentas, de los desahogos imprudentes de un celo que no es según la ciencia, porque no es según Dios. Promulga entre su pueblo la palabra veneranda del Pastor universal, cuya triste situa-

habríamos tenido el gusto de ver algo escrito por su experta pluma, exprofeso sobre la masonería; por cuanto en carta suya de 20 de Julio de 1884, diez días ántes de su muerte, decía así á un amigo: "No he leído la obra de Rafael Rafael sobre la masonería, aunque la he visto citada en algun periódico. Mucho agradeceré á vd. que me la preste, cuando se presente algun conducto particular por el que pueda yo recibirla." Esto, y sus frases ántes citadas, nos hacen conjeturar que el Ilmo. Sr. Camacho no opinaba por la conveniencia del silencio ante los avances de la secta; ni que el medio de contenerlos fuese despreciarlos; ni ménos que se hubiera de guardar un silencio respetuoso por contemplación al personal que figura en las lógiás. Pero esto es puramente una conjetura nuestra: jamás nos habló de ello el venerable prelado.